

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

EL CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA DE MARÍA SANTÍSIMA

«BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES»

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(Luc., cap. 1, vers. 48.)

Allá, cerca de las risueñas colinas del Carmelo y del Saron, y entre los deliciosos derrames del Líbano, habia una ciudad levítica en que habitaba un descendiente de Aaron con su esposa, que era oriunda de la misma familia por línea paterna, y de la de David por parte de su madre. Uno y otro eran justos delante de Dios, andando por los mandatos divinos, y no dando á nadie la más leve ocasion de escándalo ni ofensa. Despues de muchos años pasados en este género de vida, viéranse sus venerables cabezas cubiertas de toda la blancura de una edad patriarcal, sin haber tenido el consuelo de tener un hijo á quien legar las muchas bendiciones que el cielo les concediera con larga mano. Abraham y Sara hubieran tenido en sus descendientes pocos modelos tan acabados como estos dos justos; y no parece sino que Dios quiso en recompensa de su fé asemejarlos hasta en los beneficios temporales. Un dia en que se hallaba el hijo de Leví ofreciendo el incienso al Señor, se le apareció un ángel,

y le dijo, de parte de Dios, que, á pesar de ser él y su esposa dos ancianos, tendrían un hijo; y, en efecto, al poco tuviera su consorte todos los síntomas de maternidad. La azucena de los valles que pulula lozana entre las escarchas eternas de un alto monte, no causa tanta admiración al naturalista investigador cuanta fué la de la venerable anciana al considerarse madre en una edad que no tiene otra analogía que la fría losa del sepulcro. Avergonzada de este evento, vivía en retiro, sin atreverse á mostrar á sus conciudadanos, hasta que en el sexto mes de su gravidez no pudo ocultarse por más tiempo, por haber llegado á su casa una visita tan feliz como inesperada. *Era la visita de la joven María*, que iba á congratularse con su prima Isabel por el beneficio que Dios la dispensára.

Desde que hay mundo no se ha hecho una visita semejante, ni se han encontrado juntos semejantes personajes, ni se han oído cosas tan estupendas. Se presenta una anciana con la gloria de la maternidad, y la sale al encuentro una niña, que es madre también, pero con el privilegio de ser vírgen; aquélla trae en su seno á un Profeta; Ésta lleva en sus entrañas á un Dios: apenas aquélla ha oído la voz de María, siente en su vientre los saltos que da su hijo, y exclama en alta voz: «Bendita Tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien, que venga á visitarme la Madre de mi Señor?» Y María, sonrosado su rostro al oír sus alabanzas, contesta al saludo diciendo: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está traspasado de gozo en Dios mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su sierva; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» *Ecce enim ex hoc*, etc.

¡Ah! ¡Cuántos prodigios en un solo momento! Al paso que las madres se saludan, se saludan también los hijos que llevan en su seno; allí Juan, señalando al Cordero de

Dios, exprime su gozo con saltos de placer; allí el Verbo Encarnado extiende sobre el Bautista el poder de su Divinidad, y lo purifica del pecado, santificándolo ya desde el vientre de su madre; allí las dos madres, llenas del Espíritu Santo, alzan el velo del porvenir de los tiempos, y con más ligereza que recorreremos las páginas de la historia, leen ellas los acontecimientos futuros, asegurando Isabel á María que todo cuanto Dios la ha prometido se ha de cumplir, y María á Isabel que no ha de haber una sola generación que no la preconice bienaventurada. *Ecce*, etc.

De cuantos portentos ocurren en aquella entrevista, ninguno llama mi atención en este momento como la profecía de María. María es tan humilde á sus propios ojos, que no sabe darse otro nombre que el de esclava del Señor, sin pensar ni por un solo instante en la dignidad que la eleva sobre todo lo criado. Y ¡cosa singular! al mismo tiempo pronuncia una sentencia que la enaltece sobre cuantos serafines hay en el cielo; Ella misma se humilla, Ella misma se ensalza, Ella misma hace su elogio; en un momento ha contado una por una cuantas generaciones ha de haber hasta el fin del mundo; ha visto sus pensamientos, ha examinado sus acciones y palabras, y ha asegurado que todas la llamarán bienaventurada; desde que Ella habla, se la cantará un himno de bendición; Isabel ha entonado su primera estrofa; el último hombre que haya en la tierra cantará la última entre las ruinas del mundo. *Ecce enim ex hoc beatam*, etc.

Esta profecía de María sobre sus glorias futuras y su engrandecimiento personal, salida de la misma boca que tanta humildad respira, parece una paradoja á los ojos de la razón, si no miramos al origen de estas palabras. María habla por inspiración divina. María es una profetisa que anuncia sus propias excelencias, que se han de cumplir sin que falte un ápice; si quereis probar y de-

mostrar que la Religion que bendice á María y la da culto es la única, la pura, la Hija legítima del cielo, no teneis más que tomar en vuestra mano la historia del mundo, y vereis el más exacto cumplimiento de esta profecía en el Catolicismo. Si María no fuera Madre de Dios, no tuviera una vista tan perspicaz y tan sublime. Voy, pues, á demostraros el cumplimiento de la profecía de María hasta el fin del mundo, á pesar de la inestabilidad humana y de la envidia luciferina. *Beatam me dicent*, etc.

Venid ántes, y arrodillémonos ante nuestra Madre; tomemos parte en sus gozos y dichas, y modulémosla un himno de amor para llenar, por lo que á nosotros pertenece, una partecita del vaticinio de sus grandezas, saludándola reverentes con el ángel, diciendo:

AVE MARÍA.

Al publicar María la profecía de sus futuras glorias ha pronunciado una sentencia infalible, por ser inspirada por el espíritu Divino; no siendo esta profecía un efecto directo de la sublime inspiracion del cielo, hubiera sido temeridad al decir que todas las generaciones la alabarian y bendecirian. ¿Sabeis cuánto encierra en sí esta palabra de la Madre de Dios? A los pocos meses despues de haber hablado María, va á inaugurarse una nueva era para el mundo, era de ilustracion y de saber, era de guerras y de combates, era de reveses y de contradicciones. ¿Habrá recorrido María el gran espacio que mediara desde el nacimiento del Niño que lleva en su seno, hasta la consumacion de los siglos? ¿Su vista habrá sido tan perspicaz, que haya divagado hasta el último confin de la tierra, para poder afirmar que ni una sola generacion ha de dejar de bendecirla y alabarla?

La profecía de María es un desafío que se presenta

á cuanto hay en la tierra que pueda contradecirla y levantarse contra Ella. Antes de saber quiénes son los adversarios á quienes se dirige la heroína de la gracia, es preciso conocer cuál es el principio de su dicha, cuál la razon por que la han de llamar bienaventurada todas las generaciones. Este no es otro que el haber sido escogida para ser Madre de Dios; Ella debia mostrar al mundo en sus brazos al Niño que venía á suscitar contra sí una guerra cruel; Ella, la Madre del que habia de morir en un patíbulo como un infame; Ella, la Madre del que habia de fundar una Iglesia, que por toda herencia no tendria más que la persecucion y los tormentos. ¡Qué! ¿La Madre de Jesus ha de ser proclamada siempre bienaventurada? Cuando su Hijo espire anatematizado; cuando sus discípulos mueran crucificados, asados, degollados; cuando el imperio romano ponga en movimiento sus legiones; cuando se desencadenen las hordas bárbaras; cuando abran sus bocas infernales los herejes; cuando rompan la túnica inconsútil de la Iglesia los cismáticos; cuando la mutilen los reformadores; cuando la derisionen los filósofos; cuando los hijos de esta misma Iglesia sean apáticos, tibios, indiferentes, sin celo, sin piedad, sin fervor, ¿aún habrá lenguas que entonen á María himnos de alabanza y bendicion?

Hé aquí, amados míos, un vuelo bien rápido que da el espíritu de esta niña de quince años al contestar con su cántico divino á su prima Isabel, que la ha saludado Madre de Dios; entrega María el depósito de sus glorias á todas las generaciones; es decir, afirma que una por una han de predicar sus alabanzas, lo que es lo mismo que decir que el edificio de su engrandecimiento no estará sujeto en nada á cálculos ni á medios humanos, sino á los divinos. Diez y nueve siglos há que fué anunciada esta profecía, y su cumplimiento es cada dia más notable; contrario á todas las ideas humanas en su naci-

miento, en sus progresos y en su duracion, lo vieran unas épocas radiante como una estrella que se ve en su naciente; otras lo vieran subir con gloria y acrecentamiento; otras lo contemplan esplendente y lleno como el sol en su mediodía. Sí; el culto que hoy rinden los mortales á María es tan grande como en los dias de la pureza de la fé y de la edad de oro del Cristianismo. Ha llegado hasta nosotros el glorioso nombre de María, irradioso como el sol, majestuoso como el nombre de una cosa casi divina; hemos conocido, por la enseñanza tradicional de nuestros padres y por la fé de la Iglesia, que María es la Madre del Verbo divino, la bienhechora de la humanidad, y al oír tan dulce nombre nos hemos arrojado, hemos alzado nuestras manos al cielo, hemos entonado un himno, himno de amor, himno de gratitud, himno de alabanza, y al cantarlo hacemos parte sin saberlo ni pensarlo de un gran concierto que de todos los ángulos de la tierra eleva la misma voz de bendicion y alabanza hácia María. Estamos en el siglo XIX, en que se ha apurado ya el último medio de destruccion del Cristo, Hijo de María, y sin embargo, dulces cánticos de gloria son entonados á Jesus y á su Madre, sea por el neófito del Asia, sea por el hijo de los Andes, ora en las tierras africanas, ora en las islas de la Australia, sin que ninguna fuerza humana haya podido cerrar aún los labios de los creyentes.

Mas ¿cómo ha llegado hasta nosotros el conocimiento de María? Al través de mil y mil contradicciones que ha suscitado contra Ella el infierno, y en medio de mil y mil ruinas en que se ha envuelto la especie humana por su propia malicia y volubilidad. Preguntad á las generaciones pasadas lo que ocurriera en las épocas en que vivieran, y vereis con asombro que, contra todo el furor del infierno, y á despecho de los malvados, ha sido María aclamada por la más dichosa y bienaventurada. Yo exa-

mino la sociedad cristiana naciente junto á su rival la sinagoga, y la contemplo reducida á un corto número de discípulos; la persecucion, cual huracan desencadenado, los arranca de su reposo y los desparrama en la tierra, y todas las contradicciones del judío obstinado no tienen otro resultado que el propagar el conocimiento de las grandezas de María. Ya no es sólo el Carmelo el que cuenta un número de cristianos, discípulos del Profeta Elías, consagrados á honrar á María, pues los iberos la elevan un templo en la ciudad de César Augusto, en el cual se alaba al Dios que se humanára en las entrañas de María. Al poco tiempo de las primeras persecuciones, extendiendo mi vista sobre la tierra, y veo predicadas las glorias de María, no sólo en Roma, sino en Atenas, en Corinto, en Éfeso, en Alejandría, en la Armenia, en la India, y hasta en la misma China, á donde es probable que penetró el Apóstol Santo Tomás predicando el Evangelio á los idólatras. En todas estas regiones no vereis, por espacio de tres siglos, más que potros, cadalsos y espadas para los confesores de Jesus; pero ni uno solo de estos testigos derrama su sangre sin bendecir mil veces á María y pedirle su proteccion.

Así es que, pasada la furiosa tribulacion que el paganismo suscitó contra la fé en todos los límites del imperio, por todas partes vereis templos erigidos á Dios en honor de María; en lugar de las antiguas abominaciones, se empieza á venerar el pudor, la castidad, en otras tantas imágenes de María que alza la piedad cristiana para reemplazar los abominables altares de la prostitucion en que se ofreciera incienso al impudor. Cuando el imperio romano, no pudiendo subsistir, se le ve caer bajo la lanza del aquilon, se diria, en presencia de tanto horror y tanta sangre, que la Religion iba tambien á sufrir la suerte de las ciudades que por tantos años obedecieran á Roma; pero no es así: el pueblo bárbaro y feroz que ha

descendido á las llanuras europeas de los altos montes de la Germania, da su mano pacífica á los que habian escapado del exterminio, y de vencedores y vencidos se compone un pueblo nuevo, que no tiene en adelante otra enseña que el alabar á María, el bendecirla, el consagrarla nuevamente altares y templos, y el arrojarle en sus brazos amorosos, para que, como Madre de Dios, aplaque las iras de Éste.

Hé aquí, amados míos, un hecho bien pasmoso; desde que con la destruccion del imperio idólatra se formaron las diferentes naciones que hoy dia cubren el suelo europeo, empezó la humanidad á respirar y á ser feliz; apénas han cesado las persecuciones y desaparecido los peligros, los hombres no parece tienen otra idea que la de bendecir y alabar á María. Por espacio de muchos siglos se vieran ocupados muchos centenares de miles de hombres en erigir templos y altares á la Reina de los ángeles. Los Emperadores cristianos y los patricios romanos cifraron toda su gloria en rodear á la Reina del cielo de todas las glorias de la tierra. En sus templos el jaspe sostenia las majestuosas bóvedas esmaltadas de oro, el mármol formaba el pavimento, el pórvido, los diamantes y perlas brillaban en las aras. Estoy hablando del tiempo del hijo de Constantino Cloro y de su madre Santa Elena; quiero que de aquel tiempo en que se edificaba la iglesia de Nazaret y las basílicas de Roma y de Bizancio, y se alzaban por toda la tierra campestres altares á María para desterrar la idolatría, nos traslademos á otros separados de ellos por mil años. ¡Ah! ¡qué espectáculo presenta toda la tierra! Desde las márgenes del Neva hasta las columnas de Hércules, desde las más retiradas riberas del Albion hasta las risueñas llanuras del Helesponto, no encontrareis una sola ciudad en donde no resuene el ruido confuso de miles y miles de martillos, manejados casi todos por piadosos operarios que se han consagrado á labrar piedras, á pulir

estátuas para los templos que se elevan á María; todo su salario es un pedazo de pan; su habitacion son los alrededores del templo que fabrican, que parece están custodiando, hasta ver colocadas las agudas flechas que sobre torres atrevidas tienen traza de querer subir á las nubes. Si vamos examinando una por una esas grandiosas basílicas que construian los hombres del siglo xiv, apénas hay una que no esté dedicada á María; aquí hay una imagen de la Reina del cielo que fuera esculpida por los ángeles, como la del Pilar de Zaragoza y del Montserrat; allí hay otra que ha descubierto un pastorcillo, admirado de ver que sus ovejas se arrodillaban junto á un paraje cubierto de violetas; tan pronto se encuentra una que tiene tanta edad como el Cristianismo; tan pronto se ve otra que ha estado enterrada muchos años por las persecuciones, y que ha aparecido nuevamente á un santo monje ó á un zagal inocente.

Entrad en el sagrado recinto, y ni un solo ángulo del templo carece de interés; allí el arte se muestra glorioso y ufano; el pincel ha adquirido su nombre inmortal, el mármol se ha revestido de animacion, y ¿cómo? presentando en una parte la vírgen modesta y prudente que recibe la salutacion angélica; en otra á la vírgen caritativa que visita á su prima Isabel; aquí el nacimiento de su Niño; allí la Adoracion de los Reyes; en otra parte contemplareis los dolores del Calvario, los gozos de su alma al ver el triunfo de su Hijo, la gloria con que Éste sube al cielo, y la de Ella cuando es coronada. No pára aquí vuestra admiracion: por todas partes encontráis hombres que, con los ojos fijos en la imagen de María, con las manos cruzadas en el pecho y sus mejillas bañadas en lágrimas, ora de gozo, ora de tristeza, bendicen á Dios por los beneficios que han recibido de Él por la mediacion de María, ó le piden el consuelo en las desgracias. Ni aquí se pára vuestra atencion; registráis los muros del templo,

y no encontráis en ellos sino nombres ilustres, emperadores, príncipes, reinas, condestables, generales, héroes: todos han recibido beneficios singulares de María, y han venido de largas tierras á postrarse en su templo, á dejar en él riquísimas lámparas de plata y oro macizas, á adornar la imágen de María con los más preciosos aderezos de diamantes y rubíes, ó bien á consignar sumas inmensas para construir un templo que dure hasta la consumacion de los siglos. ¡Ay! Nosotros no tenemos el placer de ver todas estas grandezas, porque los reformadores del siglo xvi encontraron que era idolatría el ofrecer dones á María, y despojaron los templos y los altares, y otros herejes más modernos pretendieron que era preciso adorar á Dios con sencillez, y acabaron la obra que empezáran sus padres infernales, trasladando á sus mesas, como impíos Baltasares, los vasos y adornos consagrados á Dios y á María. ¡Ah! ¡Cómo cambian los hombres...!

Pero dejemos la negra página en que están consignados los atentados de la sacrílega avaricia, y notemos este acontecimiento tan plausible para la gloria de María. Desde que Ella habló sobre sus glorias hasta la época en que toda la tierra unánimemente confesaba la fé de su Hijo, ha sufrido la humanidad los más terribles golpes; han desaparecido imperios colosales, han caído en la nada naciones poderosas, han hecho irrupciones espantosas los bárbaros sobre los civilizados, han caído en desuso las leyes más sábias, confusamente se han atacado y vencido romanos, francos, celtas, sajones, eslavos, godos, iberos y africanos; las ruinas de los pueblos encerraban bajo su terrible peso cuanto formaba las esperanzas de la humanidad; en la terrible lucha que sufrió la ciencia contra la barbarie, apenas se viera una ráfaga de luz; como caen los viejos torreones atacados por gruesa artillería, como se reducen á polvo las ciudades bombardeadas por guerreros sin piedad, así perecían

las instituciones humanas al acometerlas el suevo del aquilon, ó el hijo del islamismo; pero al través de tanta ruina se veía pasar intacta la gloria de María con el Cristianismo civilizador, en medio de la horrenda tempestad. María es la estrella; su grandeza la trasmiten los Apóstoles á los discípulos, los discípulos á los mártires, los mártires á todas las ciudades, á todos los pueblós del imperio romano. Séase que breme la Sinagoga, séase que se enfurezca el trono de los Césares, nunca falta quien bendiga y alabe á María; desde que el publicano de Cafarnaum ha dicho al mundo que María es la Madre de Jesus, todos los pueblos la han adoptado por Madre, todas las generaciones la han aclamado dichosa. Los sabios más consumados la han dedicado sus tratados, los más fogosos y sublimes poetas sus odas, y los más esclarecidos artistas sus trabajos. Excusadme que los nombre; si alguno puede contar los hombres eminentes que han tomado la pluma desde San Ignacio de Antioquía hasta el Doctor San Bernardo para escribir las glorias de María en prosa; si alguno puede contar los vates que desde Sedulio y Ambrosio y Prudencio han compuesto himnos, hasta los que áun hoy día dedican poemas á María; si alguno puede decirme cuántos son los hombres que desde San Lúcas hasta hoy han dedicado su pincel á delinear el busto de la Madre de Dios en todos los pasos de su vida, hable y refiera; hable, y yo le diré que quien cuenta estas grandezas no es hombre, sino ángel, porque la lengua y la memoria humana son demasiado tardías y pesadas para acordarse de tantas grandezas y enumerarlas.

Hé aquí cómo se ha cumplido la profecía de María, no obstante los grandes trastornos que el mundo ha sufrido. ¿Puede entenderse esto sin que se advierta la mano divina, que sostiene el edificio de grandeza que Ella misma ha edificado? No, ciertamente. Pues bien; todavía se ve más palpable la profecía de María cuando la mira-